

vestiduras y joyas que le había enviado el emperador. Aprovechóse también de su ida, para enviar á Juan de Escalante, su teniente en Veracruz, unas cartas en que le informaba de los felices adelantos que se habían hecho: preveníale además, que redoblase las fortificaciones de la plaza, por manera que se pudiese resistir á cualquiera tentativa hostil de parte de Cuba, cuidando no menos de prevenirle que evitase todo alzamiento de los naturales, finalmente, recomendaba muy especialmente que protegiese á los totonecas, cuya fidelidad con los españoles los esponía gravemente á la venganza de los aztecas.¹

1 Bernal Díaz. *op. cit.*, caps. 84, 85. Relac. seg. de Cortés, en Lorenzana, pág. 67. Gomara, Crónica, cap. 60. Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 6.

CAPITULO V.

CONTINUA LA MARCHA.—SUBEN EL GRAN VOLCAN.

—VALLE DE MEXICO.—

IMPRESION QUE PRODUCE EN LOS ESPAÑOLES.

—CONDUCTA DEL EMPERADOR.—BAJAN AL VALLE.

(1519.)

Restablecido completamente el orden en Cholula, prosiguieron su marcha los ejércitos aliados, español y tlaxcalteca. El camino pasaba por entre bellas campiñas y frondosos plantíos que lo rodeaban en todas direcciones, y que ocupaban varias leguas. En su marcha los alcanzaron los enviados de varias ciudades, solícitos por ganarse la protección de los blancos, á cuyo fin les mandaban ricas dádivas, especialmente de oro, por ser bien sabido en todo el país lo codiciado que era aquel metal, de los españoles.

Muchas de estas ciudades eran aliadas de los tlaxcaltecas y todas ellas manifestaban gran descontento del gobierno de Moteuczoma. Los naturales amonestaban á sus aliados de guardarse de la perfidia del emperador, dando como prueba de su ánimo hostil, que habia mandado obstruir el camino real para obligarles á tomar otro, que por su estrechez y puntos fuertes, les pusiese en condiciones desventajosas. Cortés no dejó escapar aquellas observaciones y vigilaba cautamente todos los movimientos de los embajadores mexicanos, temeroso de sufrir una sorpresa.¹ Cuidadoso y activo, se presentaba donde quiera que su persona podia servir de algo: ora está en la vanguardia, ora en la retaguardia; al débil lo alienta, azuza al perezoso, y á todos les infunde el ánimo y la fortaleza que á él le inflama: de noche nunca dejaba de rondar el campamento para cuidar de que los centinelas estuviesen en su puesto; habiendo corrido en una ocasion gran riesgo de que le fuese fatal esta vigilancia, pues se acercó tanto á un centinela, que éste no pudiendo distinguir en la oscuridad quién era, levantó contra él su ballesta, cuando afortunadamente contuvo sus movimientos al oír el grito del general que le daba la contraseña. Así pudo haberse terminado la campaña y recobrar aliento por algun tiempo mas el emperador Moteuczoma!

¹ "Andábamos," dice Bernal Diaz, usando de una espresion familiar, pero significativa, "la barba sobre el hombro."

El ejército llegó por último á un punto del camino, donde éste se dividia en dos ramas, una de las cuales estaba obstruida segun y como lo habian dicho los indios, con enormes piedras y troncos de árboles. Cortés preguntó á los enviados mexicanos la causa de aquello; á lo que le replicaron, que se habia hecho de orden del emperador, para que no viesen los españoles á tomar un camino, que á alguna distancia de allí, era intransitable para la caballería; confesaron, no obstante, que era el mas corto por lo que Cortés dijo, que le parecia el preferible, y que á los españoles no les arredraban los obstáculos; que despejasen la enramada. Segun cuenta Bernal Diaz, muchos años despues se conservaban todavía á un lado del camino los troncos de los árboles que lo obstruian. Aquello dió á conocer claramente al general, la premeditada traicion de los mexicanos; pero era demasiado astuto, para dejar traslucir sus sospechas.¹

Ya dejan los extranjeros la risueña campiña y comienzan á subir la fragosa sierra que separa los valles de México y Puebla. El aire, conforme iban lubiendo, era cada vez mas frio y penetrante: el hesado soplo que bajaba de la falda de las montañas, hacia tiritar á los españoles á pesar de sus vestidos de algodón, y entumia los miembros de caballos y cabalgadores.

¹ Bernal Diaz, ubi supra. Relac. seg. de Cortés, en Lorenzana, pág. 70. Torquemada, Monarq. Ind., lib. 4, cap. 41.

Ya pasan por entre dos de las mas altas montañas del continente Norte Americano: el Popocatepetl, *cerro que humea*, y el Ixtaccihuatl, *muger blanca*,¹ nombre que seguramente le impusieron á esta última montaña, en razon de la blanca túnica que cubre su ancha y quebrada cumbre. Una pueril supersticion hacia creer á los indios que aquellos dos montes eran dos dicces, y que el Ixtaccihuatl era la muger de su formidable vecino.² Otra tradicion mas sublime hacia considerar el volcan del norte, como la morada de los espíritus de los malos príncipes, cuyas horribles agonías en aquella cárcel ocasionaban las tremendas convulsiones y los vómitos de lava, en tiempo de erupcion. Esta era la fábula clásica de la antigüedad.³ Semejantes supersticiones, investian á las montañas de un misterioso horror, que hacia temblar á los indios solo al pensar en subir á su cumbre, la cual por otra parte, era casi inaccesible á causa de obstáculos materiales.

1 "Llamaban al volcan Popocatepetl, y á la sierra nevada Ixtaccihuatl, que quiere decir, la sierra que humea y la blanca muger." Camargo, H.st. de Tlaxcalán, MS.

2 "La sierra nevada y el volcan los tenian por dioses; y que el volcan y la sierra nevada eran marido y muger" Ibid.

3 Gomara, Crónica, cap. 62.

"Aetra Gigantees numquam tacitura triumphos
Enceladi bustum qui saucia terga revinctus
Spirat inexhaustum flagranti pectore sulphur."

Claudian, de Rapt. Pros., lib. 1º, v. 152.

El gran volcan¹ llamado Popocatepetl, se eleva á la enorme altura de 17,852 piés sobre el nivel del mar, es decir, mas de 2,000 piés mas que el *rey de los montes*, el mas alto que se conoce en Europa. En el presente siglo, raras veces ha dado señales de su naturaleza volcánica, por manera que el cerro que humea, apenas merece hoy este nombre; pero en tiempo de la conquista, frecuentemente estaba en actividad, y precisamente cuando los españoles estaban en Tlaxcalan, bramaba con extraño furor; cosa que, como es de suponer, pareció de muy mal agüero á los naturales de Anáhuac. Su cabeza reviste la forma de un cono regular, á causa de los depósitos de las erupciones sucesivas, y tiene el aspecto corriente en las montañas volcánicas, en los puntos en que no está escavada por el cráter. Se le ve elevarse á los cielos envuelto en su túnica de nieve perenne, desde las anchurosas llanuras de Puebla y México: es el primer objeto que doran los rayos del sol naciente; el último que tiñen los del sol

1 Los antiguos españoles llamaban con este nombre á cualquiera montaña elevada, aun cuando nunca hubiese dado señales de combustion: así, el Chimborazo, era llamado *volcan de nieve*. (Humboldt, Ensayo político, tomo 1, pág. 162;) y el emprendedor viagero Stephens habla del *volcan de agua*, situado á las inmediaciones de la Antigua Guatemala (Incidentes de un viage á Chiapas, la América central y Yucatan, Nueva-York, 1841, vol. I, cap. 13.

2 El Monte Blanco tiene, segun De Sanssure, 15.670 piés de altura. En cuanto á la del Popocatepetl, véase una esmerada relacion, en la Revista Mexicana, tomo II, núm. 4.

que muere: la radiante diadema que lo ciñe entonces, contrasta con las áridas llanuras de arena y lava que se extienden bajo de él y con la fúnebre faja de cipreces que circunda su base.

El misterioso terror que inspira aquel sitio, y el amor de las aventuras, sugirió á algunos caballeros españoles el pensamiento de subir á su cumbre; cosa que los naturales les aseguraron no podrian verificar quedando con vida. Cortes les animaba á aquella empresa, deseoso de probar á los indios que no habia proeza por peligrosa y tremenda que fuese, que no estuviera al alcance de sus intrépidos compañeros. A consecuencia de esto, uno de sus capitanes, Diego de Ordaz, otros nueve españoles y algunos tlaxcaltecas, alentados por el ejemplo de los primeros, intentaron la subida, en la que encontraron mayores dificultades de las que se aguardaban.

La parte inferior estaba cubierta de un bosque tan espeso que en algunas partes apenas era posible penetrarlo. Conforme iban subiendo, el bosque iba siendo mas despoblado de árboles: la vegetacion era un poco mas arriba pobre y triste; hasta que finalmente, á la altura de algo mas de 13,000 piés desaparecia completamente. Los indios que habian subido hasta allí, intimidados por los ruidos subterráneos que se oian en el volcan que entonces estaba todavía en estado de combustion, no quisieron proseguir. El camino estaba abierto por sobre negras

lavas enfriadas, cuyos fragmentos irregulares, producidos por los obstáculos que se les opusieron cuando venian derretidas, oponian incesantemente tropiezos para andar. Entre estos fragmentos habia uno, llamado el *Pico del Fraile*, que era una enorme roca perpendicular, de 120 piés de altura y que se percibe desde abajo, la cual les obligó á dar un gran rodeo. Pronto llegaron al límite de los hielos perpetuos, donde encontraron nuevos y desconocidos obstáculos, pues que el hielo resbaladizo no les permitia asentar sólidamente el pié, y les ponía á cada instante en riesgo de precipitarles en los aterridos abismos que los rodeaban por todas partes: para poner el colmo á la dificultad, la respiracion se encontraba tan estorbada en aquellas regiones donde el aire es rarísimo, que los esfuerzos para inspirarlo eran acompañados de agudos dolores en la cabeza y en los miembros. Sin embargo de esto, aun prosiguieron sus tentativas hasta que llegaron á acercarse al cráter, de manera que la enorme cantidad de humo, cenizas y chispas que vomitaba el monte de entre sus entrañas abrasadas, por poco les sofoca y les ciega. Aquello era demasiado insoportable aun para hombres de fierro como ellos; así es que aunque muy á su pesar, se vieron obligados á abandonar su intento, ya en víspera de darle remate. Trajeron algunos enormes carámbanos, cosa curiosa en aquella region cálida, como un trofeo de su ha-

zaña, que aunque incompleta, era bastante á admirar á los indios y á darles una nueva prueba de que para los españoles, los mas espantosos y misteriosos peligros, no eran mas que pasatiempos. La empresa era propia y digna de aquellos caballeros, que no contentos con los peligros y aventuras que buenamente se encontraban en su camino, se echaban como Don Quijote, en busca de otros nuevos. Al emperador Carlos V. se le remitió una relacion de este suceso, y á la familia de Ordaz se le permitió que usase el escudo de armas, un monte ardiendo, en conmemoracion de tan famosa hazaña.¹

El general no quedó satisfecho del resultado de la expedicion, por lo que dos años despues mandó otra nueva á las órdenes de Francisco Montañó, caballero de ánimo resuelto y esforzado. El objeto de ella era proporcionar azufre para la fabricacion de la pólvora. El monte estaba pacífico en aquella época, y el éxito fué mas completo. Los españoles, en número de cinco, llegaron hasta el bordo del cráter el cual representaba un elipse irregular y tenia mas de

¹ Relac. seg. de Cortés, en Lorenzana, pág. 70. Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33. Bernal Diaz, cap. 78.

El último de estos escritores dice, que la subida se intentó cuando estaban los españoles en Tlaxcalan y que se llegó á verificar completamente; mas la carta del general, escrita poco tiempo despues del suceso y sin motivo de equivocacion, es mejor autoridad. Véase ademas á Herrera, Hist. gral., dec. 2, lib. 6, cap. 16. Relac. d'un gent., en Ramusio, t. III, pág. 308. Gomara, Crónica, cap. 62.

una legua de circunferencia; la profundidad seria de cosa de 800 ó de 1000 piés. Una pálida llama ardía en el fondo de él y despedía un vapor sulfuroso, que al subir se enfriaba y dejaba depositado el azufre en las paredes del cráter. Se echó en suerte quién debía descender; y tocó á Montañó mismo bajar en un cestillo á aquel horroroso abismo, donde le hundieron sus compañeros á la profundidad de 400 piés. La operacion se repitió bastantes veces, hasta que hubo la cantidad de azufre que necesitaba el ejército. Esta temeraria empresa excitó la admiracion general de aquel tiempo. Cortés concluye su relacion haciendo al emperador la juiciosa reflexion de que despues de todo, habria sido mejor mandar traer de España la pólvora.¹

Mas ya es tiempo de que volvamos de nuestra digresion, la cual se escusará, si se atiende á que ella

¹ Relac. 3ª y 4ª de Cortés, en Lorenz, pág. 318, 380. Her., Hist. gral., dec. 3, lib. 3, cap. 1. Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 41.

M. Humboldt duda que Montañó haya bajado al cráter, y piensa que es mas probable que haya obtenido el azufre de alguna hendidura lateral de la montaña. (Ensayo politico, tomo I, pág. 164.) Desde la tentativa de Montañó hasta el siglo presente, no se habia hecho ninguna otra, á lo menos, que se lograra; pero en 1827 se han verificado dos expediciones á la cumbre del Popocatepetl, y otras dos en 1833 y 1834. La noticia completa de la última, y algunos pormenores interesantes; y observaciones científicas, se han escrito por Gerolt, uno de la expedicion, y se han publicado en el número ya referido de la *Revista Mexicana*, (tomo I; pág. 461.) Los que han subido á la cumbre del monte mas alto, que domina enteramente al Ixtaccihual, afirman que en éste no se descubre ningun vestigio de cráter; lo cual es contra la opinion general.

ha servido para ilustrar notablemente el quimérico espíritu de empresa, poco inferior en la realidad á lo que parecia en los romances de caballería de los hidalgos españoles del siglo XVI.

El ejército prosiguió su marcha por las intrincadas gargantas de la sierra, tomando casi el mismo camino que actualmente conduce de la capital á Puebla pasando por Mecameca,¹ diferente del que ordinariamente siguen los viajeros que van de Veracruz, el cual dá un largo rodeo por la parte septentrional de la base del Ixtaccihuatl; pero que es menos fatigoso aunque inferior al otro en paisajes pintorescos. Los helados vientos que soplan de la falda de la montaña y que traen consigo aguas nieves y gránizo, molestaban á los españoles mucho mas que á los tlaxcaltecas, acostumbrados desde la infancia á habitar entre la selvática soledad de sus colinas nativas. En la noche sus padecimientos hubieran sido insoportables, pero se refugiaron en los edificios de piedra que el gobierno mexicano habia construido de trecho en trecho á lo largo del camino, para que se acomodasen los viajeros y los correos. ¡Cuán distante estaria al construirlos, de que habian de servir para dar abrigo á sus enemigos!

Al dia siguiente, repuestas las tropas con el descanso de aquella noche, pudieron llegar fácilmente

1 Humboldt, Essai politique, tomo IV, pág. 17.

á la cresta de la sierra de Ahualco, la cual se estienda como una cortina al Norte y al Sur de los dos volcanes. El camino era comparativamente llano y ademas les hacia andar con mayor presteza, la Consideracion de que estaban ya pisando el suelo de Moteuczoma.

No habian andado mucho, cuando al doblar uno de los ángulos de la sierra, descubrieron de repente una perspectiva que compensó con usura las pasadas fatigas del viage, la del valle de México ó Tenochtitlan que es como mas comunmente le llamaban los naturales: este valle con su pintoresco conjunto de lagos, bosques y llanuras cultivadas, de brillantes ciudades y selvas umbrías, se desplegaba á su vista como un brillante panorama. En estas regiones elevadas donde el aire atmosférico es muy raro, aun los objetos mas distantes conservan el brillo del colorido y la limpieza de los contornos, por manera que como que desaparece la distancia.¹ A sus piés se estendian dilatados bosques de encinos, sicomoros y cedros; y mas allá, dorados campos de maiz mezclados con el altivo maguey, y hortalizas y floridos jardines, pues que las flores de que tanto uso en las ceremonias religiosas, eran en el valle aun mas abundantes que en las demas partes de Aná-

1 El Lago de Texcoco, sobre el cual se levantaba la ciudad de México, tiene 2.277 metros ó cosa de 7.500 piés de elevacion sobre el nivel del mar. Humboldt, Essai politique, tomo II, pág. 45.

huac. En el centro de la gran llanura se veían los lagos, que entonces ocupaban mucho más espacio que al presente, cuyas orillas estaban coronadas de ciudades y aldeas en cuyo centro, parecía á una emperatriz india ceñida de una corona de perlas, se levanta la hermosa ciudad de México con sus blancas torres y templos piramidales, descansando en el seno de las aguas; se levantaba, en fin, la afamada Venecia de los aztecas. Sobre todas las demás colinas descollaba el cerro de Chapultepec, residencia de los monarcas mexicanos, coronado de los mismos bosques de gigantes cipreses que aun ahora envuelven aquel sitio en su ancha y negra sombra. Allá á lo lejos, mas allá de las azuladas aguas del lago y medio oculta por el follage, se veía blanquear y relucir la capital de Texcoco; y aun mas allá se percibía el oscuro cinturón de pórfido que rodea á todo el valle, y en el cual parece que ha querido engastar la naturaleza la mas rica de sus joyas.

Tal era el bello espectáculo que de súbito sorprendió la vista de los conquistadores: aun hoy tan tristes cambios ofrece aquel paisaje, aun hoy que el país esta desnudo de los gigantescos bosques que lo cubrían en otro tiempo, y que el suelo espuesto sin resguardo al sol devorador los trópicos, esta árida y estéril; aun hoy que al retirarse las aguas han dejado anchos y espantosos trechos que blanquean con las incrustaciones de sal, mientras que las ciudades

y pueblos que se levantaban en sus orillas se deshacen en ruinas; aun que la devastacion es lo que se encuentra por todas partes, tan indestructibles son los rasgos de belleza con allí se ostenta la naturaleza, que no hay viajero por frio é insensible que sea que pueda contemplarlos sin sentirse profundamente conmovido y arrobado. ¹ ¡Cuáles serian, pues, las sensaciones que experimentaron los españoles cuando despues de hacer un viage penoso, en una atmósfera delgada, el nebuloso velo que los envolvía desapareció de improviso y se les presentaron aquellos paisajes en todo su primitivo esplendor y belleza! Aquello fué como el espectáculo que sorprendió la vista de Moisés desde la cumbre del Pisgah; por manera que en medio del ardiente entusiasmo que sentian, no pudieron menos de exclamar: "hé aquí la tierra prometida." ²

Mas estas sensaciones estaban mezcladas con otras de un carácter muy diverso, pues todo aquello les daba á conocer la obra de una civilizacion mucho mas adelantada, que cuanto hasta entonces habian

¹ Noy necesidad de copiar las páginas de los viajeros modernos, que aunque de distinto gusto, sensibilidad y talento, están acordes en cuanto á las impresiones que produce la vista de este hermoso valle.

² Torquemada, Monarq. ind., lib. 4, cap. 41.

Esto nos recuerda la memorable descripción de las bellas llanuras de Italia, que Annibal mostró á sus hambrientos bárbaros, despues de posar los fragosos Alpes, tal cual la refiere el príncipe de los descripciones descriptivos. (Livio, Hist. lib. 21, cap. 35.

visto. Los mas tímidos, desalentados por la idea de una lucha desigual cual la que iban á emprender, solicitaban con instancia, como ya lo habian hecho en ocasiones anteriores, volverse otra vez á Veracruz; mas no fué tal lo que sintió el ánimo esforzado del general. Su avaricia se avivó al contemplar los soberbios despojos que le esperaban; y si bien sentia la ansiedad que naturalmente debia inspirarle tan formidables enemigos, su confianza renacia al echar una mirada, tanto sobre las filas de sus veteranos cuyas tostadas caras y estropeadas armaduras recordaban los riesgos y dificultades que habian superado, como sobre sus audaces y bárbaros aliados, cuyos óllos se habian inflamado al aspecto del país de los enemigos de su patria, y parecian como águilas prontas é impacientes por avalanzarse sobre su presa. Por medio de razones, súplicas y amenazas, consiguió revivir el amortiguado valor de los soldados á disudir de que pensasen en retirarse ahora que habian tocado al téamino que habian suspirado, y que iban á abrirse, para recibirles, las doradas puertas de Moteuczoma. Ayudábanle en estos esfuerzos aquellos bravos hidalgos para quienes el honor valia tanto como las riquezas; hasta que por fin, aun los mas pacatos participaron del entusiasmo de los capitanes y del general, y éste tuvo la satisfaccion de ver á sus columnas vaciadas, un momento antes, emprender de nuevo su

marcha con paso firme al bajar las laderas de la sierra. ¹

Al paso que iban internándose, los bosques iban estando menos poblados, los terrenos cultivados eran mas numerosos y se veian en todos los rincones abrigados, cabañas cuyos habitantes salian al encuentro de las tropas y les hacian un amistoso recibimiento. Por donde quiera se oian quejas de Moteuczoma, principalmente por la manera esapiada con que arrebatava á los jóvenes para alistarlos en sus éjercitos, y á las mancebas para llevarselas á su serrayo. Cortés veia con placer aquellos síntomas de descontento, y le parecia que el monte trono de Moteuczoma, estaba asentado sobre un volcan cuyos elementos de combustion interior estaban en tal actividad que podrian hacer una esplosion en el momento menos espirado. Instó á los naturales que estaban descontentos á que descansasen en su proteccion, y les aseguró que habia venido precisamente para vengar sus agravios. Finalmente, se aprovechó de sus favorables disposiciones, para hacer penetrar entre ellos los débiles rayos de luz espiritual que permitian el tiempo y las predicaciones del Padre Olmedo.

Prosigió su camino haciendo cómodas jornadas,

¹ Torquemada, Monarq. Ind., ubi supra. Herrera, Hist. grale. de. 2, lib. 7, cap. 3. Gomara, Crónica, cap. 64, Oviedo, Hist. d. as Ind., MS. lib. 33, cap. 5.